

EDITORIAL

“Dios es un gran río subterráneo que nadie puede obstruir o detener.”

Leonard Bernstein



En este número de nuestra revista, nos adentramos en el *sorprendente viaje de Dios que es la Encarnación*. Un flujo silencioso y persistente que se revela como apertura, como brazos extendidos que se convierten en proximidad, cercanía e inclinación amorosa para acompañar toda la vida. Desde dentro, desde abajo, desde el centro y desde las profundidades de la creación y de la humanidad, Dios sigue diciéndonos: “Estoy aquí”.

Como un gran río subterráneo, la *Palabra creativa de Dios fluye incesante e incansablemente*. Al contemplarla, apenas logramos vislumbrar algunos destellos de su luz, sabiendo que no podemos decirlo todo, o quizás casi nada. Por eso resuenan profundamente las palabras de Edith Stein cuando afirma: “*No basta con arrodillarse una vez al año ante el pesebre para que la vida humana se inunde de vida divina: es necesario que toda la vida esté en contacto con Dios*”¹. *La Encarnación no es un evento aislado, sino una corriente viva que busca atravesar toda la existencia*.

Nuestra tarea como *Vida Religiosa, llamada a ser mística y profética*, es dejar que esta Palabra tenga un camino libre en nosotras/os para continuar la misión de *sanar, celebrar y co-crear*. La Palabra desea *encarnarse una y otra vez en nuestra historia concreta*. Se ha hecho una con nosotras/os para que, como proclama el prólogo del Evangelio de Juan, podamos reconocer que la *Energía Creadora estaba con Dios, que era Dios, y que todo lo que existe ha llegado a ser a través de ella. Esa Energía se hizo carne, habitó entre nosotros*, y contemplamos su gloria: gloria de gracia y verdad (cf. Jn 1,1-5,9,10,12,14).

¹ Stein, *El Misterio de la Navidad*.

Así, la *Encarnación se nos revela como una fuerza verdaderamente activa, imaginativa, creativa y recreadora*. Nos centra, sensiblemente y experiencialmente, en el corazón de la creación, despertando el despliegue de una presencia que siempre fluye, imperecedera. Incluso en nuestra *precariedad, vulnerabilidad y límites, nuestra propia vida está llamada a ser el principal sacramento*. La *Encarnación no pertenece solo al pasado: es creación continua*, tan vasta como nuestra capacidad para abrazarla. Está dentro de nosotras/os y nos trasciende; nos habita y va mucho más allá de nosotras/os. *Toda la humanidad es un receptáculo sacramental de la Palabra sagrada*, como intuyó profundamente Maestro Eckhart.

Volver a la Encarnación es también volver, una y otra vez, a esos *lugares comunes de la existencia donde se juegan las emociones más profundas y lo esencial*. Lugares a los que necesitamos acercarnos siempre *como si fuera la primera vez*, porque allí sucede lo primordial. El profeta Isaías lo expresó con imágenes poderosas: valles que se elevan, montañas que bajan, caminos torcidos que se enderezan, terrenos ásperos que se suavizan. *La forma del mundo cambia para que toda la vida pueda ver la salvación de Dios*. La Encarnación no solo transforma corazones: *reconfigura la realidad y nos moviliza, personal y comunitariamente, a abrazar procesos de transformación profunda, a nacer de nuevo, desde arriba, del agua y del Espíritu* (cf. Jn 3,1-15).

Dietrich Bonhoeffer también nos recuerda que Dios viene a nuestro encuentro no solo como un "tú", sino también como un "esto": esa cosa concreta que debe hacerse por el mundo y por los demás; *aquello que nos moviliza a abrazar las llamadas a la transformación desde una esperanza que rompe el conformismo adormecido y nos convierte en centinelas de una vida que debe ser defendida y celebrada*.

Por eso la Navidad, y con ella el misterio de la Encarnación, *no puede quedar atrapada en clichés, en símbolos vaciados de significado, o en el ruido del consumo*. El consumismo solo nos absorbe y consume. El verdadero regalo es siempre mucho más que un intercambio mecánico: es la construcción interior que cada persona hace al reconocer que Dios viene, la mayoría de las veces, oculto en lo pequeño, en lo ordinario, en lo aparentemente insignificante.

Como Vida Religiosa en el Continente, *nos sabemos pobres e inacabados, pero también inquietos y vivos*. Y precisamente allí se abre la posibilidad de dar, de redescubrir, de reaprender a confiar. *La esperanza, entonces, deja de ser simple espera pasiva y se convierte en una relación viva*. Saint-Exupéry lo expresa maravillosamente con la figura del centinela que vigila entre el desierto y la noche. Nosotras/os también, en tantas etapas del camino, vemos el desierto ante nosotras/os y, detrás, la noche interminable. Sin embargo, *la Encarnación nos recuerda que vivimos esperando como centinelas de un Reino que ya está germinando*.

Que este número de nuestra revista, con la profundidad de sus reflexiones y experiencias, nos ayude a *dejarnos tocar por ese río subterráneo que nadie puede detener y que se nos ha revelado plenamente en la persona de Jesús de Nazaret*. *Que sepamos, como Vida Religiosa, reconocer, guardar y encarnar hoy la presencia silenciosa y transformadora de Dios que sigue fluyendo en la historia, en los pueblos, en los territorios, en las heridas, en las búsquedas y sueños de nuestro Continente*.

José Luis Loyola, MSPS